



JUAN DE DIOS PEZA.



JUAN DE DIOS PEZA

CUANDO yo era estudiante, porque yo he estudiado aunque no se me conozca y aunque necesite presentar certificados para probarlo; cuando yo era estudiante, repito, tenía un condiscípulo que tanto en la cátedra como á la hora del exámen, apénas le hacian cualquiera pregunta, se soltaba ensartando de lo lindo, unos tras otros, disparates ó trozos de la obra de texto de enseñanza; pero con tal rapidez, que el tiempo se deslizaba sin sentir, y generalmente salia bien librado en todas sus pruebas escolares.

A mí me llamaba de eso la atencion, más que todo, el éxito: un día le supliqué que me explicara la razon de todo aquello.

—Es muy sencillo— me contestó.— Sin saber ó sabiendo contesto inmediatamente lo que me parece; pro-

curo ligarlo con algo que venga ó no venga al caso, y dé materia suficiente para hablar, procurando siempre no permitir que me interrumpan, de lo que resulta que cuando el catedrático ó los que examinan páran la atencion en un disparate y quieren corregirme, ya yo voy en otro mayor, con el que sucede exactamente lo mismo que con el anterior; el tiempo pasa, la concurrencia advierte que no me corrigen, esto se toma como prueba de mi acierto, y al último, natural es la aprobacion de los sinodales; porque si hay duda de si conozco la materia, no queda de que tengo audacia y elocuencia.

Realmente, el raciocinio no puede ser mejor, y la prueba de que á mí me lo parece, es que en todos estos artículos lo he observado al pié de la letra, y sin parar, y sin esperar contradiccion, y sin dejar de zurcir mucho que ni al caso viene, he traído al lector hasta el punto en que nos encontramos, aunque no puedo responder de si el número de los que comenzaron á leer estos artículos, es igual al de los que han llegado hasta aquí, porque bien pudiera suceder que la mayor parte hayan arrojado el libro por cansancio ó fastidio, dejándolo abandonado para siempre, como se hace en la política con esos Ministros improvisados á quienes un favoritismo más perjudicial que discreto, eleva repentinamente adonde nadie esperaba verles tan pronto, y que despues, perdiendo el equilibrio, se hunden para siempre sin que nadie de ellos á acordarse vuelva.

Pocos de nuestros poetas jóvenes han tenido, como literatos, la fortuna de Juan de Dios Peza; es verdad que su talento y su carácter le ayudan; pero nada es bastante si se tiene en contra á la fortuna, y la fortuna ha sido para Juan tan cariñosa, como *novia de viudo* con los niños del pretendiente. Peza ha tenido teatro, auditorio de buena fe y compañeros cariñosos; y con tales elementos, ya tiene un ingenio modo de brillar sin que la fama necesite andar de puerta en puerta preguntando si hay algo que sacar á lucir, como en los cuentos de las Mil y una Noches el mal genio que queria robar á Aladino la lámpara maravillosa.

Ha dicho Lamartine que «la nobleza es la predestinacion á la gloria:» los demócratas ponen por supuesto el grito en el cielo y sacan á luz á tantos que desde la más triste oscuridad han llegado hasta deslumbrar al mundo: las teorías de Darwin llegan luego en apoyo del poeta francés, y la ciencia se declara partidaria de la aristocracia de sangre; pero, en medio de todo, la verdadera predestinacion á la gloria no es más que el teatro en que se representa, es decir, la época y la sociedad.

Los apóstoles predicando una reforma moral y religiosa, tan completamente radical en nuestro siglo, como lo fué el Cristianismo en el mundo pagano, no hubieran alcanzado el martirio ni la canonizacion; cuando mucho un proceso en un tribunal correccional de policía, y algunos de ellos un buen lugar en un manicomio. Napo-

leon el Grande, viviendo en México por los años de 28 á 40, habria ganado la accion del «Gallinero,» habria derrotado á Torrejon, habria sido Presidente dos años y habria muerto honradamente de Director de Artillería, ó de Jefe de la Plana Mayor: César viviendo en los Estados Unidos, seria empresario de ferrocarriles, presidente de tres ó cuatro grandes sociedades anónimas, fumaría muy buenos puros habanos y no tendria que temer á más Brutos que á los que andan en cuatro piés. Sixto V de porquerizo en Tangancícuaro, habria llegado á Cura de Uruapam, ó cuando más á Canónigo de Morelia.

Sólo Catilina, á ser cierto, que lo dudo, todo lo que de él dicen Ciceron y Salustio, viviendo en Paris durante la revolucion de la Comuna, podria haber dado todo el vuelo á sus tendencias humanitarias y progresistas; ó alguno de los monarcas de Raghou-Vança, que ha cantado Kalidasa, y que buscaban las salvajes vertientes del Himalaya para hacer sus penitencias, podrian estar á toda su satisfaccion en la Alameda de esta Capital.

No hay que engañarse; el teatro lo hace todo. Un Valero *de la legua* está seguro de no encontrar un periodista que le diga una flor; y nadie conoce esto más que los artesanos: entre nosotros, lo mismo que en España, un sastre que se llama Moranchel, Zapata ó Güicochea, si bien corta, hará chaquetas para los sacristanes de Catedral ó remendará pantalones de estudiantes pobres en un cuarto interior de la calle de Manito, y no tendrá

nunca, aunque se saque la lotería y ponga un almacén en la calle de Plateros, una clientela aristocrática y distinguida, si no cambia la razon social y pone un gran rótulo con letras de oro, que diga: «Larochefoucauld y C^a, sastre de Paris,» «Wellington and Company, sastre de Lóndres», ó cosa por el estilo.

Pero como no sólo basta el teatro sino que se necesita el talento, por eso muchos que han tenido tan buen teatro como Juan Peza, no han podido, como él, alcanzar tan buena fortuna.

El célebre D. Ignacio Ramirez, exagerado quizá en sus críticas literarias, temido hasta por los hombres de más bien adquirida fama, porque á la severidad de sus juicios y á su rica y variada erudicion agregaba una sátira punzante, oportuna, envolviendo siempre algun pensamiento filosófico y expresado con tal arte, que casi no hacia más que salir de sus labios y alcanzaba popularidad, tuvo por Peza una gran predileccion: en el prólogo de las poesías que Peza publicó, Ramirez hace de él alabanzas más apreciables por lo inusitadas que por lo mucho bueno que dicen del jóven poeta. Ramirez veia en él un porvenir para las letras mexicanas; y cuando ese hombre tales cosas dijo, yo no vacilo entónces en creer que no voy desacertado al pensar que si Juan sigue como hasta aquí y se dedica al estudio, será una gloria para nuestro país.

El mérito de un poeta ó de un literato cualquiera, no

consiste sólo en conquistar un buen nombre en su época y entre sus contemporáneos; que tal puede ser aquella y tales éstos, que bien se pueda aplicar el refran de que *en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey.*

Así por ejemplo, en los siglos IX y X, se hacen grandes alabanzas de sabios como Alcuino, Eginardo, Teodulfo, Rábano (¡qué nombre!) Lupo (¡otro!) y algunos por el estilo; pero Alcuino, el astro, el sol de todos ellos, el consejero científico y maestro de Carlo-Magno, aquel de quien se dice que impulsó y levantó las ciencias y la enseñanza, era un inglés á quien el Emperador mandó traer expresamente para ponerlo á la cabeza de la enseñanza en Francia; y al decir del abate italiano Andrés, en su obra «Orígen de la Literatura», «el grande Alcuino no era al fin otra cosa que un mediano teólogo; «ni sus decantados conocimientos filosóficos y matemáticos se extendían más que á algunas sutilezas dialécticas y á los primeros rudimentos de música, aritmética y astronomía, indispensables para el canto y cómputo eclesiástico. Entónces el que sabía precisar el curso del sol y de la luna, regular las fiestas movibles de la Iglesia y formar con alguna exactitud un calendario, era un singular matemático y un astrónomo incomparable.»

Y en otra parte agrega:

«Si alguno por su raro ingenio y aplicacion extraordinaria llegaba á tener nociones de los primeros elementos que se exponían en los libros latinos, era tenido

«por un hombre de la más vasta y sublime erudicion. «Apénas se encuentran elogios á autores de los siglos ilustrados como los que se dieron pródigamente á los literatos de aquellos tiempos rústicos é incultos.»

Con sólo esto se podria tener idea de la negra ignorancia que se tendía sobre Europa en aquellos siglos en que casi ninguno de los nobles sabía leer, y en que el mismo Emperador Carlo Magno, á pesar de su gran ingenio, del empeño siempre digno de alabanza con que se afaná por difundir la ilustracion en su dilatado imperio, fundando escuelas y academias, alentando y protegiendo á todos los hombres de ciencia y haciendo venir á su corte á cuantos de alguna manera se distinguían en las letras en extraños países, apénas sabía escribir su nombre.

Era tan grande la ignorancia, que el Clero, de quien se dice siempre, por decir algo, que fué el depositario de las ciencias en la Edad Media, nos da la muestra de la oscuridad que reinaba en aquella época.

Walter Scott cuenta que muchos frailes sin saber leer, decían de memoria la misa, rezando lo que puede llamarse *un oficio parvo de la Virgen*. Los Concilios más severos, como el octavo de Toledo, en el Cánon Octavo, prohíben admitir á las sagradas órdenes á quien no supiera el «Salterio,» los «cánticos usuales,» los «himnos» y la «ceremonia del bautismo,» probando así, que leer y cantar eran suficiente tesoro de conocimientos para formar un sacerdote.

La fórmula de exámen que los Obispos debian hacer á los Sacerdotes de su diócesi, la escribe Reginon en estos términos:

*Si Evangelium, et Epistolam bene legere possit, atques al-
tem ad litteram ejus sensum manifestare. Item: si sermonem
Athanasii de fide Sanctissimæ Trinitatis memoriter teneat, et
sensum ejus intelligat, et enuntiare sciat.* Es decir, que su-
piesen leer y entender los Evangelios y las Epístolas, y
saber de memoria un sermón de San Atanasio, y ya po-
dian soltarse por esos mundos con un púlpito en cada de-
do. Y en tiempo de Cárlos el Calvo se propuso para el
arzobispado de Reims á un Gislemaro que leía regular-
mente el texto del Evangelio en latín, «aunque no podia
entender palabra alguna.»

Hubo necesidad de fundar escuelas en los conventos
para que aprendieran los frailes, y todos los grandes es-
tudios científicos que cursaban los que se perdian en los
arcanos peligrosos de la ciencia, se reducian al *Trivio* y
al *Quadriodio*: el *Trivio*, eran la gramática, la retórica y la
dialéctica; el *Quadriodio*, la música, la aritmética, la geo-
metría y la astronomía; y aventura de caballeros andan-
tes ó empresa de romanos era emprender aquellos estu-
dios que pocos llegaban á concluir, quedando siempre
fatigados al terminar el curso del *Trivio* y pasando al del
Quatrivio los que se tenian como monstruos de inteli-
gencia.

El Abate Andrés trae dos versos latinos en que están

comprendidos esos estudios y su explicacion, y que no
puedo dejar de poner, porque dan la muestra de aquella
famosa literatura.

*Gram loquitur, dia vera docet, rebt verba colorat.
Mus canit ar numerat, geo ponderat, ast colit astra.*

El papel llegó á faltar completamente con motivo de
la invasion de los árabes en Egipto; se tuvo que usar
pergamino; pero el pergamino, además de lo alto de su
precio, era muy escaso, y como se necesitaba de él para
escribir los salterios y antifonarios de las iglesias, se bor-
raron los escritos de los antiguos clásicos, que en per-
gamino existian en los archivos y bibliotecas de los
conventos, para poner en lugar de ellos la música del
canto llano y los Oficios de la Iglesia. De aquí necesari-
amente la escasez de los buenos libros y el colmo de
la barbarie.

En épocas semejantes realmente, aun cuando los hom-
bres deban juzgarse segun los tiempos que atraviesan, no
era ni envidiable ni difícil tener un buen nombre; pero
Peza vive en una nacion en que la literatura, si no está
en su siglo de oro, tampoco puede decirse que se encuen-
tre en el estado de la decadencia. Peza ha tenido contem-
poráneos no sólo de talento sino de ilustracion y de no-
tables aptitudes para la poesía, como Agustin Cuenca,
Rincon, el malogrado y famoso Acuña, Zayas Enriquez
y otros de quienes verdaderamente se puede decir que

han sostenido el brillo de la poesía en la generación á que pertenecen.

Como todas las épocas, la que nos ha tocado ha resentedo esas epidemias que periódicamente visitan el Parnaso: el culteranismo y la vulgaridad.

Góngora dijo en un soneto á la pluma del Dr. Bábía:

Pluma, pues que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos y no pluma;
Ella á sus nombres, puertas inmortales
Abre, no de caduca no, memoria
Que sombra sella en túmulos de espuma.

Gerardo Lobo, según escribe D. Leopoldo Augusto de Cueto, «después de decir que el templo es *orador de sí mismo* y que *se lleva la cátedra de la agudeza retórica* con sus tropos, sus frases y sus figuras, llama á la cúpula *prosopeya*, y á la Iglesia entera *synecdoque del arte* y

Catácrisis marmóreo de la gloria.

Y no contento con ver

Un Demóstenes suyo en cada peña,

quiere lucir los artificios del equívoco, y asegura que el sagrado monumento

..... forma con espanto
un cántico de Dios en cada canto.»

El divino Herrera también dijo:

Ondoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado,
Y en sortijas lucientes encrespado,
Al que me inclino humilde, alegre adoro.

Así, no hay que extrañar que entre nosotros también poetas distinguidos se hayan contagiado de cultismo ó culteranismo, y hayan nacido versos por este estilo:

Yergue en la escuela con febril intento
Destellando sus fuegos soberanos,
La cariátide astral del pensamiento,
Con la curva de un cielo entre las manos;

que no he llegado á comprender hasta hoy; ó este otro dirigido á una muchacha que cosía en una máquina americana:

Tu dulce hermana, dulce melodía
Al piano hace brotar; tú, americana,
Fatigas invención con que galana
Hermosura lucir que te atavía.

Y por fin, este:

Quien quiera conocer vuestros abuelos,
Que busque en el pasado
El olímpico polvo de los cielos
En los campos helénicos regado.

El culteranismo ha sido enfermedad de todos los tiempos, aunque en España se le bautizó con ese nombre que es el que nosotros hemos adoptado; y en verdad que el

público es el culpable del extravío de los poetas, que ya por lo vulgar, ya por lo hinchado, celebra á rimadores que la buena crítica, natural en los venideros, hace echar en olvido.

No hay cosa que llame más la atención del pueblo en materia de poesía que extrañeces ingeniosas, episodios complicados, monstruosos, inverosímiles, frases equívocas, sutilezas, expresiones hinchadas, pensamientos falsos, con tal de que tengan el aspecto de gigantescos, palabras rebuscadas en los diccionarios y desconocidas en el uso común, ya por su antigüedad, ya por su origen, y trasposiciones violentas aunque nuevas.

Preciso es que los poetas jóvenes que aman siempre el aplauso, y miran que todo esto agrada, hagan esfuerzos por imitar á esos malos modelos, cuyo nombre vuela de boca en boca, sin detenerse á pensar « que la celebridad no es la gloria. »

Peza no ha dejado de caer algunas veces en el culturanismo, aunque en honor de la verdad, pocas; y puede agregarse como dijo el poeta:

Culpa fué de su tiempo.

Porejemplo, en su composición á Garibaldi, aquello de

La blusa roja su purpúreo manto
Y el gorro frigio su imperial diadema.

Pero estos versos le valen un huracan de aplausos.

¿Quién podría culparle si seguía en esta senda?

El estímulo del pueblo, es el que alienta á la virtud y á la ciencia, ó el que presta alas al crimen y á la pedertería: generalmente los hombres que extravían su camino en el perfeccionamiento moral ó intelectual, lo deben á la sociedad en que se desarrollan, que de arriba viene el ejemplo y la inspiración; y si las nubes son de cieno, la lluvia no puede caer perfumada.

En su abono, tiene Juan Peza la modestia, porque comprende que no todas las alabanzas deben contarse como moneda legal y acuñada en los talleres del buen criterio, ni el estudio y el consejo están de sobra, ni son pesada carga para quien procura adelantar por buen sendero en el camino de la literatura; y por eso estudia y busca buenos modelos, y gusta de la conversación seria é instructiva.

En la literatura es quizá en donde el entendimiento humano necesita mayor acierto para la elección del modelo, y más continuada conversación sobre la materia. La mayor parte de los ingenios extraviados en la poesía española, han enfermado de la sobrada admiración que han profesado, ya á la hinchazón de Góngora, ya al conceptismo de Quevedo, ya á la empalagosa dulzura de Melendez ó de Arriaza, ya á la vulgaridad, en otros tiempos, de Benegasi, de Fray Juan de la Concepción, ya á la hueca palabrería de Zorrilla; sin conocer que todos estos poetas, si han poseído eminentes cualidades y han alcan-